

Tras el 11 de Septiembre se confirma la extrema debilidad y el servilismo de unas clases dirigentes árabes que han hecho de su dependencia respecto a EEUU el fundamento de su supervivencia y estabilidad

## SUMISIÓN OFICIAL ÁRABE ANTE LA OFENSIVA BÉLICA DE EEUU

**E**STE NUEVO NÚMERO de *Nación Árabe* se edita a poco tiempo de concluida la fase militar de la intervención de EEUU en Afganistán, cuando en Kabul ya se ha instalado un nuevo gobierno surgido de las conversaciones de Bonn y la fuerza internacional se despliega en el país.

Los atentados del 11 de septiembre (11-S) contra las Torres Gemelas de Nueva York y el Pentágono en Washington han permitido a la Administración Bush hijo consolidar las características de aquel 'Nuevo Orden Mundial' que el presidente Bush padre estableciera con la guerra contra Iraq de 1991 y su sucesor, Clinton, con la de 1999 contra la ex Yugoslavia: recurso ejemplarizante al uso de la fuerza, unilateralismo militar invalidando cualquier instancia internacional (Naciones Unidas —NNUU—, la Unión Europea —UE— o la propia OTAN) y desestructuración de espacios regionales por medio de la guerra o las sanciones para su control político y económico. A ello se une ahora, con carácter distintivo sin duda, la ofensiva represiva interior contra la disidencia y las minorías (la emigración) bajo la cobertura de la "lucha global contra el terrorismo", con el endurecimiento legislativo y la consolidación de las redes internacionales de control de los ciudadanos bajo la hege-

monía de los servicios secretos norteamericanos<sup>1</sup>.

Sin duda, en el Oriente Medio árabe, las consecuencias del 11-S han sido particularmente negativas para sus pueblos.

Escudándose en la respuesta a los atentados, con pleno respaldo o aceptación internacionales (en concreto, de la UE), EEUU ha podido retornar a la zona sin contemplaciones en una coyuntura en la que la segunda Intifada palestina y el paulatino proceso de inserción política y económica, regional e internacional de Iraq, a pesar de la prolongación del embargo, estaban desbaratando la *Pax Americana* que se había procurado imponer en la zona tras la Guerra del Golfo y la puesta en marcha en Madrid del proceso de negociación árabe-israelí (1991) y los Acuerdos de Oslo (1993). La ofensiva militar de Ariel Sharon contra el pueblo palestino y contra la Autoridad Palestina (AP) para poner fin a la Intifada y forzar a Arafat a un acuerdo final sobre los Territorios Ocupados, así como las nuevas amenazas de una intervención militar —esta vez, se dice, "definitiva"— contra Iraq confirman la determinación de EEUU e Israel de recuperar el control regional<sup>2</sup>.

Pero si algo ha confirmado el 11-S es la extrema debilidad y el servilismo de las cla-

1 Véanse al respecto los sucesivos comunicados del Comité de Solidaridad con la Causa Árabe tras el 11-S en CSCAweb: [www.nodo50.org/csca](http://www.nodo50.org/csca).

2 Sobre los intentos de EEUU de implicar a Iraq en el 11-S y un posible asalto final contra este país, así como sobre la evolución en estos meses de la situación en Palestina, puede consultarse igualmente los textos publicados en CSCAweb: [www.nodo50.org/csca](http://www.nodo50.org/csca) y en este número de *Nación Árabe*, en la sección 'Noticias Breves,' el texto "Iraq: renovadas las sanciones bajo amenaza de intervención".

ses dirigentes árabes, las cuales, afincadas muchas de ellas en el poder desde hace décadas, han hecho de su dependencia respecto a EEUU el fundamento principal de su estabilidad. Las continuas concesiones a Washington y la sujeción cada vez menos disimulada a su política exterior se hacen a espaldas de la población, maniatada por la represión y aturrida por una extraña abulia que le impide reaccionar ante casos tan flagrantes de injusticia como Palestina e Iraq. De nuevo ha sido así tras el 11-S. A pesar de la tibieza mostrada por algunas capitales árabes y las airadas campañas de prensa orquestadas desde los EEUU, los regímenes afines a Washington, hoy por hoy mayoría en el mundo árabe, han demostrado una incapacidad absoluta para hacer valer siquiera una mínima parte de las supuestas prioridades políticas árabes. Las propuestas e invocaciones elevadas a la Administración Bush antes y durante la campaña de Afganistán han sido obviadas por los responsables estadounidenses, los cuales ya se han acostumbrado a tratar a los gobiernos árabes con una displicencia y desdén que atestigua que su verdadera función no es representar a sus ciudadanos sino servir los intereses de Washington.

Aun cuando muchos de ellos anunciaron su disposición a unirse a la lucha contra el terrorismo internacional, los Estados árabes expresaron sus reticencias ante una campaña que, consideraban, iba dirigida en parte contra el islam. Para apaciguar los ánimos de unas poblaciones que tenían sus dudas sobre el verdadero objetivo de una guerra que, según se decía, habría de empezar en Afganistán y continuar después contra otros países, los aliados de EEUU de mayor peso en Oriente Medio, con Egipto y Arabia Saudí a la cabeza, pidieron a Washington que tuviese en cuenta a la población civil afgana y se abstuviese de proseguir las acciones bélicas en otros países islámicos. Puesto que la participación activa de Egipto y Arabia Saudí no resultaba necesaria (en contraste con la guerra del Golfo en la que

las bases norteamericanas en la Península Arábiga y la incorporación egipcia a las tropas aliadas resultaron decisivas), Washington les eximió de una implicación mayor en el conflicto y les permitió limitarse a tareas de retaguardia como, por ejemplo, suavizar las posibles condenas que pudiesen acordarse en los foros árabes, constreñir a las corrientes islamistas internas y mantener la imagen de un consenso árabe en torno a la intervención estadounidense en Afganistán. Para una labor de primer orden EEUU ya contaba con Pakistán y algunas ex repúblicas soviéticas que permitieron el desembarco estadounidense en su territorio.

#### ‘CON NOSOTROS O CONTRA NOSOTROS’

Un artículo del escritor sirio residente en París Subhi Hadidi publicado en el periódico *al-Quds* —traducido en la sección ‘Revista de Prensa’ de este número— concluye: “¿Qué cambiará una vez consumado este nuevo acto de destrucción y barbarie, y la consecuente etapa de pactos y reconciliaciones? ¿Bastará acabar con todos los países de la lista negra para hacer de este mundo un lugar más seguro a ojos del gendarme estadounidense? ¿Y cuando se agote la primera lista, compuesta por Afganistán, Somalia, Sudán, Yemen e Iraq, qué podría ocurrir con otra lista que bien podría englobar a México, Brasil, Argelia, Sudáfrica, Turquía, India, Pakistán o Indonesia?”.

Ciertamente, durante los días que siguieron a los atentados del 11 de septiembre la lista de posibles objetivos tras Afganistán acabó englobando objetivos tan diversos como Somalia, Sudán, Siria, Líbano o Yemen —además, claro está, de Iraq—, todos ellos con presencia de gobiernos, grupos u organizaciones tachadas por Washington de “terroristas”. El caso de Líbano y Siria ejemplifica el burdo maniqueísmo de la Administración Bush, que con su lema de “con nosotros o contra nosotros” ha dejado a algunos países en una postura delicada.

Aunque en la primera lista de organizaciones que apoyaban el terrorismo islámico internacional no aparecía su nombre (aunque sí el de un grupúsculo islamista llamado *al-Ansar*, activo, según dicen, en los campos de refugiados palestinos en Líbano), Hizbolá ocupó un lugar destacado en una lista posterior entregada por el embajador estadounidense en Beirut al gobierno de Rafiq al-Hariri. La lista incluía también a los palestinos Hamás y el Yihad Islámico.

Washington pidió a Beirut que congelase las cuentas de Hizbolá, en su condición de supuesto integrante del terrorismo islámico internacional y en venganza por los atentados contra la embajada estadounidense en Beirut y el secuestro de occidentales a mediados de los ochenta (acciones que, hay que recordar, Hizbolá no reivindicó con su nombre puesto que aún no existía como tal). También solicitaba que pusiese fin a las acciones de Hizbolá en la franja de Chabaa, que Israel sigue ocupando. Las autoridades, los partidos políticos (incluyendo a formaciones en absoluto proclives a Hizbolá) y la sociedad en general rechazaron la petición alegando que Hizbolá era un movimiento de resistencia y nada tenía que ver con el terrorismo.

Este matiz, que EEUU obvia sistemáticamente si una de las partes en conflicto se llama Israel, lo hicieron notar también las autoridades sirias cuando los emisarios estadounidenses y británicos recalaron en Damasco para pedir el fin del apoyo a Hizbolá y las organizaciones palestinas opuestas a los Acuerdos de Oslo afincadas en Damasco. Por supuesto, Washington sabía del prestigio de que goza Hizbolá en Líbano y el mundo árabe gracias a su protagonismo en la lucha contra la ocupación israelí. Hizbolá cuenta con una estructura social y política de importancia, con presencia en el parlamento libanés y goza de gran influencia en la comunidad chií, mayoritaria hoy en Líbano. Asimismo, Irán, cuya relevancia regional y contactos con la oposición interna afgana a los talibanes era necesaria

para el buen curso de la coalición antiterrorista, se negó a que se implicase a Hizbolá en la campaña global. En realidad, la petición estadounidense perseguía ejercer presión sobre tres países que no han apoyado explícitamente los ataques (Líbano, Siria e Irán) y, en el caso de Líbano, fomentar las tensiones internas y poner al gobierno de Beirut en el brete de afrontar las represalias de Washington o tener que vérselas con Hizbolá en el interior. Además, según declaraciones de Hasan Nasr Allah, secretario general del partido, los estadounidenses le propusieron un pacto secreto: a cambio de abandonar la lucha contra Israel, el gobierno de Washington olvidaría la pretendida implicación de Hizbolá en atentados contra sus intereses.

Otros Estados como Yemen se encuentran en una situación similar, entre la *espada* de EEUU y la *pared* de una población hostil a la injerencia estadounidense en la región. Yemen ha condenado como todo el mundo los ataques del 9-11 y ha llevado a cabo arrestos en las filas de los afganos yemeníes, e incluso al término de la campaña contra Afganistán el gobierno yemení inició acciones contra la red de al-Qaeda supuestamente presente en el país, anticipándose a una posible intervención estadounidense en su territorio. Pero aún así, debe hacer frente a las presiones de EEUU, que exige de Sanaa una mayor colaboración con los agentes del FBI que investigan las conexiones de grupos yemeníes con el terrorismo internacional.

Sudán, uno de los países siempre presentes en las "listas negras" de EEUU, ofreció su ayuda desde el principio y ha recibido las felicitaciones de Washington, aun cuando el sector duro del Departamento de Estado no deja de tenerlo en su punto de mira.

La cuestión de los nuevos escenarios bélicos tras la etapa afgana y el posible asalto final contra Iraq puso de manifiesto la inoperancia diplomática de los aliados árabes de EEUU. Desde el rey Abdalá de Jordania al presidente egipcio Mubarak, los dirigentes árabes dijeron semanas después

del 11-S que Washington no tenía intención de atacar ni a Iraq ni a ningún otro país árabe. El rey jordano llegó incluso a afirmar que había recibido garantías al respecto. Pero estas afirmaciones perdían valor en cuanto los responsables estadounidenses salían a la palestra para decir que Iraq seguía encabezando la lista de objetivos posibles y que la decisión dependía en exclusiva de ellos. Ante este fracaso, que no hace sino confirmar que la política exterior estadounidense se rige por coordenadas que exceden las capacidades de los aliados árabes, éstos intentaron arrancar otras concesiones que, aun siendo mucho menos relevantes, contribuyesen a fortalecer su imagen cara al consumo interno. Del mismo modo que las peticiones del presidente y general golpista pakistaní Perwez Musharraf o del gobierno uzbeko de acabar la campaña en Afganistán antes de ramadán cayeron en saco roto, las invocaciones árabes en pro de detener al menos los bombardeos durante el mes del ayuno musulmán recibieron la llamada por respuesta. Los aliados musulmanes, árabes y no árabes, expresaron su temor de que la continuidad de las hostilidades en ramadán despertara las iras de su población. Por supuesto, y esto ya lo sabían en Washington, los ataques arreciaron sin que se produjesen disturbios sociales ni nadie se atreviese a romper el consenso de silencio que, salvo alguna excepción, se ha mantenido desde Mauritania hasta Omán.

Pero lo cierto es que las maniobras de algunos ejércitos árabes con EEUU y Gran Bretaña, las compras de armamento y el refuerzo de la colaboración militar se han mantenido durante todo el conflicto de Afganistán, desmintiendo la supuesta aprensión de los aliados árabes de EEUU a embarcarse demasiado en la nueva crisis. Las tropas egipcias llevaron a cabo en la segunda semana de octubre maniobras conjuntas con las de EEUU (más de 20.000 soldados entre *marines* y comandos especiales) y terceros países en el norte de Egipto. El ejército egipcio afirmó que estas maniobras,

periódicas, estaban convocadas desde mucho antes del 11-S y que, por lo tanto, nada tenían que ver con los ataques a Afganistán. No obstante, altos mandos estadounidenses afirmaron que cabía la posibilidad de que parte de este contingente se trasladase a Afganistán. Poco antes de iniciarse la guerra, el Pentágono anunció la venta de material militar (aviones F-16, misiles y radares) a Omán por valor de 1120 millones de dólares con el objeto de reforzar la capacidad defensiva de un país *amigo* y permitirle seguir desempeñando su función de “foco de estabilidad política” en la región. Este anuncio coincidió con unas maniobras navales conjuntas de tropas británicas y omaníes. Semanas después Washington mandó a 2.000 soldados a la frontera norte de Kuwait a participar en unas maniobras bautizadas como *Protegiendo Kuwait*. Por supuesto, se trataba de proteger al emirato de una posible invasión de Iraq en un momento en que, además de las imputaciones dirigidas a Iraq en el marco de la lucha antiterrorista, se acercaba el fin del plazo para renovar el acuerdo de petróleo a cambio de alimentos o sustituirlo por una nueva versión de las “sanciones inteligentes”, rechazadas por Rusia en junio pasado (véase la sección ‘Noticias Breves’).

#### EL PRECIO DEL PETRÓLEO

La Administración Bush no se cansó de afirmar que la colaboración de los gobiernos amigos era óptima, pero se produjeron puntos de fricción con Arabia Saudí y Egipto a propósito de las reticencias mostradas por una y otro sobre la campaña militar. Como suele ser habitual cuando Washington estima que sus principales aliados no hacen todo lo que debieran para defender su causa, la campaña de hostigamiento empezó desde los órganos de prensa estadounidenses, comandados por el *Washington Post* y el *New York Times*. Estas llamadas de atención perseguían dos objetivos principales: por un lado, recordar a los dos países que su sujeción a Washington debía estar ahora más que

nunca fuera de toda duda; por otro, incitarles a sofocar con mayor contundencia las corrientes islámicas, que se habían convertido en el aglutinador de las protestas contra la guerra de EEUU.

Mubarak ordenó una oleada de arrestos en las filas de los representantes de la corriente islamista en los gremios laborales y las agrupaciones universitarias. El presidente egipcio decretó que 22 islamistas compareciesen ante un tribunal militar acusados de intentar reorganizar el grupo de los Hermanos Musulmanes (ilegalizado desde hace años) y tratar de hacerse con el poder. De nuevo, y sin que hubiese motivos aparentes para ello, las autoridades egipcias estrecharon el cerco en torno a una corriente, la islamista, que tiene 17 diputados en el parlamento y ni siquiera aparece en las listas negras de EEUU. A pesar de que estos grupos cuentan con amplio respaldo entre la población y forman parte de la oposición legal, El Cairo aprovechó el aliento estadounidense para seguir con su política represiva, la cual, a su vez, fomentará la radicalización de los movimientos islamistas y la simpatía de una sección de la población hacia ellos.

Las advertencias implícitas dirigidas a Egipto coincidieron con otras similares contra Arabia Saudí. A Washington no le había hecho gracia la negativa saudí a bloquear las cuentas bancarias de Bin Laden y sus grupos afines, ni tampoco la aparente falta de entusiasmo de Riad ante las peticiones estadounidenses de una mayor colaboración en las investigaciones sobre el origen de los ataques del 11-S. Los saudíes, como los egipcios, temían que un posicionamiento no disimulado a favor de Washington les resultara perjudicial en el interior, con el agravante de que la permanencia de varias bases militares estadounidenses una vez terminada la Guerra del Golfo genera desde hace tiempo un gran sentimiento de malestar entre la población.

Inesperadamente, los medios de comunicación estadounidenses y, a la zaga, los europeos empezaron a hablar del “rigorismo

wahhabí” y a ahondar en la conexión del terrorismo islámico con la interpretación retrógrada del islam por parte de la familia real Saud y su generoso apoyo financiero a organizaciones que posteriormente, según Washington, se han convertido en enemigos irreconciliables de EEUU. Los dirigentes saudíes reaccionaron con el mismo ardor patriótico que los egipcios, pero al final cedieron tras conseguir, eso sí, que la Casa Blanca mostrase un poco de comprensión con el asunto de las cuentas de las empresas familiares de los Laden en el reino por una sencilla razón: más de un emir tiene intereses en ellas. Riad ató en corto a las autoridades religiosas más militantes contra la campaña de EEUU, supervisó el contenido de los sermones del viernes en las principales mezquitas y, a tenor de las conminaciones dirigidas a los profesores y maestros para que no transmitiesen posturas “radicales” a sus alumnos, se plegó a la petición estadounidense de revisar los libros de texto sobre educación islámica, intolerantes y contrarios a la pluralidad religiosa según Washington.

A esta tónica también se sumaron otros países partidarios de la intervención de EEUU como Marruecos, que vigila con atención a sus grupos islamistas, y Kuwait, donde se han producido detenciones. Por primera vez en años, se han oído en Kuwait voces airadas de protesta contra la política exterior norteamericana en la región.

No obstante, la colaboración de Arabia Saudí y otros países del Golfo no terminó ahí. La Guerra del Golfo no sólo sirvió a EEUU para lograr una de sus grandes aspiraciones de siempre: el establecimiento de bases militares en el corazón de la región económica y geoestratégica más sensible del planeta y el control directo de sus recursos energéticos. También sirvió para ejercer una supervisión directa en los interiores de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) y los precios del crudo, el cual, como se sabe, es muy sensible a las sacudidas políticas internacionales. Paradójicamente, y a pesar de la salida forzosa del

crudo iraquí del mercado internacional, el precio del barril experimentó un descenso continuado desde 1990 y a lo largo de los noventa, y sólo al final de la década remontó el vuelo. Tras el 11-S y el consecuente agravamiento de la crisis económica internacional, el precio del crudo se ha venido manteniendo en unos niveles reducidos, llegando a perder un 30 % de su valor en poco menos de dos meses. Las causas de esta desacostumbrada tendencia a la baja en un producto que, como se ha dicho, suele encarecerse en situaciones de gravedad, tienen que ver con la debacle de las compañías aéreas, uno de los grandes consumidores de combustible, el descenso de la demanda en el invierno de 2001 en comparación con otros años, debido al aumento de las temperaturas, y la recesión económica mundial. Pero todos esos factores no pueden esconder el hecho de que la OPEP, con el impulso de los gobiernos de la Estados árabes del Golfo, se abstuvo de aplicar las normas de la organización que imponen un recorte en la producción de los países miembros siempre que el precio del barril baje de los 22 dólares, del mismo modo que establecen un aumento de la misma cuando el barril supere los 28 dólares. Sin embargo, más de dos meses después de haber bajado el precio del crudo del mínimo de 22 dólares, la OPEP seguía sin reducir la producción para lograr un repunte del petróleo. También es cierto que durante semanas algunos grandes productores de fuera de la OPEP como Rusia o Noruega se negaron a ceñirse a la banda de precios de aquélla y definieron sus propias cuotas de producción.

Arabia Saudí y los aliados árabes de EEUU en la organización han mantenido en este punto una postura que iba claramente contra sus intereses, sobre todo los de la primera, la cual, según algunas estimaciones, no puede permitirse en ningún caso un precio inferior a los 21 dólares por barril si no quiere que su economía, endeudada y rehén del petróleo, se resienta todavía más.

Finalmente, las *petromonarquías* prestaron mayor atención a las necesidades de

EEUU que a las propias: EEUU precisaba un impulso para revertir el contexto recesivo actual y, contando como cuenta ahora con más medios de presión que en ningún otro momento, logró en las semanas inmediatamente posteriores al 11-S mantener el control sobre el petróleo gracias, en parte, a la colaboración de las monarquías del Golfo. En cualquier caso, si EEUU acaba consiguiendo lo que nos tememos es su aspiración primera en el apartado económico en esta nebulosa contienda contra el “terrorismo internacional” —es decir, el control directo de los recursos del Caspio— el cometido de las monarquías del Golfo como reguladores de los precios mundiales puede perder en buena medida su importancia.

• • •

**CONTENIDO: ¿ADÓNDE VA ARGELIA?**

Este número de *Nación Árabe* se abre dedicando su sección de ‘Actualidad’ a la situación en Palestina tras el 11 de septiembre con dos textos, el primero de ellos de Ignacio Álvarez-Ossorio, que incluye una valoración de la reciente propuesta del ministro de Exteriores Peres de creación de un mini-Estado palestino en parte de los Territorios Ocupados; el segundo de Begoña Valle Simón, sobre la composición y evolución política interna de la Intifada palestina.

El ‘Informe’ central —coordinado por Luz Gómez García e Iván Martín— se dedica a Argelia. El 12 de enero de 2002, en Argelia se cumplen diez años de la suspensión de la segunda vuelta de las elecciones generales y, con ellas, del final de una breve etapa de liberalización política y del comienzo de una auténtica guerra civil, que ha causado más de 110.000 muertos y ha alienado al pueblo argelino del régimen que lo gobierna. Los errores políticos se han acumulado, y las diferentes dimensiones de la problemática argelina se han ido sedimentando hasta tejer un conflicto poliédrico, en el que las fracturas se van superponiendo en

nuevos estratos que cada vez hacen más difícil una solución a todos los problemas. En la presentación del ‘Informe’ —titulado “¿Adónde va Argelia?”— Iván Martín repasa los múltiples vectores de un conflicto que se ha enquistado y cuyos escenarios de futuro pasan inevitablemente por un cambio de régimen. A analizar las causas que subyacen en la patología de la violencia argelina se dedican varios artículos del Informe: Luis Martínez explica el fracaso de la Ley sobre Concordia Civil con que Buteflika ha abandonado su presidencia; Aurèlia Mané Estrada ahonda en las relaciones entre la explotación de los hidrocarburos y el devenir político de Argelia a través de la historia de SONO-TRACH, en vías de privatización; la gestión política de la diversidad lingüística argelina y sus consecuencias sociales y culturales son analizadas por Luz Gómez García en “Lengua y poder”; Ana Torres explica cómo la comunidad beréber argelina ha visto negada su contribución a la identidad nacional colectiva, y Ali Guenoun aclara las causas sociales de la última revuelta beréber, que se ha encontrado entre la espada y la pared ante la polarización del debate político entre las guerrillas islamistas y un Ejército al que ve como el brazo represor del

poder central. Ante el riesgo de *desestabilizar* un país estratégicamente tan importante —un Estado pivote para la región, como recuerda Yahia Zoubir en su artículo en este Informe sobre las relaciones entre EEUU y Argelia—, los países occidentales prefieren dejar los principios a un lado y optar por el “mal menor” del régimen actual, que al menos garantiza sus intereses. Un repaso de las webs, datos básicos y cronología de la Argelia independiente —que en julio cumplirá tan sólo 40 años— completan el ‘Informe’.

La sección ‘Documento’ incluye un informe del abogado Abderrahim Berrada sobre Crímenes de Estado e impunidad en Marruecos.

En la sección ‘Cultura’, en traducción y presentación de José Miguel Puerta Vílchez se incluye la narración “El cocodrilo metálico”, de la escritora siria Ghada Sammán, incluido en su última colección de relatos, *La luna cuadrada*, que —según Puerta Vílchez—, “recoge todo su universo personal, con una especial inmersión en la literatura fantástica, género poco habitual en las letras árabes contemporáneas”. ■

**Comite de Solidaridad con la Causa Árabe**